VIII

JUGADORES DE HONOR

No fueron Luis XIV y Luis XV más prudentes que Enrique IV, quien, con su desgraciada pasión por el juego, les proporcionó un precedente funesto; no sólo se jugaba en la corte en el siglo pasado, sino que, lo que es más, se hacían trampas, especialmente las señoras.

Tan buen ejemplo era seguido por los señores y la burguesía, lo mismo que por el pueblo.

El príncipe de Cariñán tuvo abierto mucho tiempo el juego en su suntuoso hotel de Soissons, juego que le producía pingües beneficios, de doscientas á doscientas cincuenta mil libras anuales.

Á su muerte, en 1741, intentó su viuda continuar tan remunerador tráfico; pero no supo entenderlo, y pronto tuvo que cerrar sus salones.

El duque de Gesvres, gobernador de París, y tío del

capitán Tresmes, á quien hemos visto que defendió á Felipe, también hacía jugar y recogía un producto de trescientos mil francos.

Estas dos casas de juego fueron durante varios años la ruina de los hijos de familia, de burgueses, oficiales y otros.

En cambio, era aquello recurso de gran cantidad de estafadores, que hallaban así un medio fácil de vivir.

Mas, á veces, en aquellos centros de recreo, ocurrían escenas trágicas que no siempre se podían apagar, y que llegaban á traslucir afuera.

Cierto día, un oficial extranjero de elevado grado, que vino á París con gran cantidad de dinero, fué arrastrado al juego del duque de Gesvres y perdió cuanto poseía.

Muy desesperado, atravesóse con su espada en la misma sala de juego.

Esta cuestión tuvo gran resonancia, y mucho costó al duque conservar su privilegio.

Sin embargo, lo consiguió y llegó á probar que dicho oficial era un torpe y muy necio por haberse conducido de aquel modo.

Las casas de juego del príncipe de Cariñán y del duque de Gesvres eran tanto más peligrosas cuanto que, establecidas como estaban en sus hoteles particulares, la policía no podía ejercer en ellos su ministerio.

Por eso se trampeaba allí cuanto se quería, con todo descaro.

Más tarde, el ingenioso señor de Sartines fué el primero en llamar *Salones* á aquellas cavernas seductoras

y en imponerles esta ley única : permiso de pedirse la bolsa sin quitarse la vida.

Aunque — sin hablar de los círculos — se hayan suprimido hace mucho tiempo los tapetes francos en París, muchos de nuestros lectores conocerán ya por haberlo visto ó ya de oídas el famoso número 113 del Palais-Royal, que inspiró esta célebre cuarteta :

Il est trois portes à cet antre :
L'espoir, l'infamie, la mort,
C'est par la première qu'on entre,
Et par les deux autres qu'on sort (1).

Estos versos hubieran estado bien colocados en el frontispicio de la embajada de Venecia, porque ese hotel poseía precisamente tres puertas — no en sentido figurado; — y las memorias de la época nos dicen que, abusando de su título y de la inviolabilidad de su morada, el dueño de la casa tenía en ella un garito tanto más productivo cuanto que en él se admitía á gentes de todas clases.

Al lado de los primeros gentileshombres de la corte, se veía individuos de sospechosa catadura y cuyo origen era aún más dudoso.

El mayor número de estos últimos, formábanlo paisanos del veneciano.

Generalmente, era de noche, á eso de las once ú once

(1) Tres puertas tiene este antro : - La esperanza, la infamia, la muerte, — Se entra por la primera, — Y se sale por las otras dos.

y media cuando se abrían las mesas, para no cerrarse hasta la mañana, ya muy entrado el día.

Á veces se jugaba durante todo el día, aunque raramente.

Allí había juegos para todos los gustos.

Al caballero le daba lo mismo que se jugase á una cosa que á otra.

Había *croupiers* encargados de la contabilidad, los cuales tenían que darle cuentas exactas.

El total de las sumas así percibidas era con frecuencia muy elevado y hubiera podido enriquecerle en poco tiempo.

Desgraciadamente, él era el más jugador de todos y á veces perdía en pocas horas la ganancia de varios días.

En consecuencia, siempre andaba escaso de recursos, lo cual explica los préstamos que le había hecho la señorita de Wendel, así como su complicidad en el crimen proyectado por Peyrolles.

El caballero Zeno era inventor de un juego asesino llamado el *biribí* que produjo muchas víctimas antes de ser destronado por la ruleta.

El *biribí* se jugaba mediante un tablero dividido en setenta casillas con sus números, y un saco que contenía sesenta y cuatro bolitas numeradas.

Cada jugador sacaba por turno una bola, y si el número correspondía al en que había colocado su postura, el banquero se la pagaba sesenta y cuatro veces.

Se ve que para transformar tan feliz invento en *ruleta*, ha bastado disminuir el número de casillas, añadir algunas combinaciones, tales como el rojo y el

negro, el par y el impar, y trocar el saco en rueda giratoria.

Sin embargo, tal como era, no necesitaba el *biribí* perfeccionamientos, para causar numerosas víctimas.

Aunque en los diversos pisos del hotel se jugaba á todos los juegos conocidos en aquella época, Zeno tuvo la precaución de instalar el *biribí* en la bodega, para ahogar los gritos de los que perdían y de los que se insultaban.

En aquella enorme sala subterránea y abovedada á manera de cripta de iglesia, y á la que se había dado el nombre de *Infierno de Venecia*, se daban cita todas las clases sociales.

En el aspecto de la casi totalidad de personas que frecuentaban aquel abismo, no se hubiera podido suponer que esas gentes tuvieran algo que perder, porque el cariz del lugar era el de la miseria, del libertinaje, casi del crimen.

¡Pues bien! á pesar del repugnante aspecto general, era tal la fuerza del vicio, que hombres de buena casa, caballeros y grandes damas adoptaban un disfraz innoble para bajar desde los pisos superiores á aquella cueva, único lugar de París en que se jugaba al biribí, y consagrar horas febriles al demonio, rey del santuario.

Para terminar este cuadro, añadiremos que por un refinamiento de precaución, que indicaba muy bien su habilidad en cuestiones de ruina pública, el caballero había tenido la ingeniosa idea de mandar colocar todos los sábados, mesas suplementarias de biribí, para

inducir á los trabajadores á que arrojasen al abismo los salarios que cobraban esos días.

En el momento en que penetramos en el *Infierno de Venecia*, es decir, á eso de las dos de la mañana, la cripta estaba llena de una multitud tumultuosa que rendía culto al ídolo del lugar.

Las mesas que contenían los tableros estaban rodeadas de una séxtuple fila de cabezas ávidas, y de cientos de manos calenturientas que se agitaban convulsivamente en los grasientos ribetes del tapete verde.

Oro, plata y fichas de caja rodaban por aquellas mesas ovaladas bajo las devoradoras miradas de los interesados.

De cuando en cuando, oíase un grito de mujer, ó el quejido de un anciano á quien empujaban.

¿Puede conocerse y respetar la edad ó el sexo en el templo del dios metal?

Aquella noche, ora por casualidad, ora premeditadamente, varios de nuestros personajes habíanse dado cita en aquel antro de perdición.

La calle de Montmartre estaba desierta del todo, cuando dos hombres, doblando por la calle de Mail, atravesaban rápidamente el campo de luz formado por todas las ventanas brillantes del hotel de la embajada, y franquearon la entrada, junto á la cual había tres lacayos inmóviles, mudos como cariátides, y tomaron la escalera que bajaba á los sótanos.

— Veterano — dijo el más joven de ambos individuos, — ya que papá le ha delegado para que visite el lugar adonde vengo yo una ó dos horas diarias para

rehacer mi educación, va usted á ver aquí una verdadera curiosidad de París.

El á quien acababan de llamar veterano se paró en medio de la antesala que precedía al salón del biribí, y colocando ambas manos en los hombros de su compañero, le dijo en voz baja :

— Mira pequeño, el autor de tus días se ha perdido por el matrimonio, dicho sea si ofender á la señora Maturina, la mejor persona de su sexo; tú corres tras los escudos, ¡mala ocupación es esa!... Pero, ¿en dónde estamos?

— ¡En el *Infierno de Venecia*, señor Cocardasse! — respondió el joven Bonifacio Passepoil, á quien ya habrán reconocido nuestros lectores, y el cual, por su pasión por el juego, era ya antiguo parroquiano del lugar, sin que, no obstante, le conocieran allí por su nombre.

— ¿En el Infierno? — preguntó Cocardasse, cuya estupefacción no pudo menos de hacer reír á Bonifacio por lo cómica que parecía.

Pero el gascón no hacía sino empezar en su asombro, pues, apenas le había avisado Passepoil que no le extrañase la librea de moda en aquel sitio, cuando uno y otro fueron empujados por los tres lacayos cariátides de la puerta, al mismo tiempo que uno de ellos les gritaba al oído :

— ¡Paso, paso al señor Representante de Venecia!

Detrás de los domésticos venía el caballero Zeno. Estaba pálido, y su descompuesta cara demostraba lo mucho que le había emocionado el acontecimiento

desarrollado en los salones de Versalles, donde él estaba escondido muy cerca del lugar del escándalo.

La traición de su amante le dejaba frío; poco le importaba que Peyrolles — el verdadero nombre del cual supo por casualidad la misma noche — muriese de una manera ó de otra; lo único que sentía era la pérdida del dote esperado, y por eso, con el corazón rabiando, acudía á su garito para ejecutar, sin costarle un céntimo, el último plan de venganza concertado entre él y el vengativo viejo.

Tras los tres criados que anunciaban en alta voz su llegada, penetró el caballero en la segunda sala.

Cocardasse y Passepoil iban á entrar á su vez, cuando el primero se detuvo de pronto, sintiendo que le daban un golpecito en el hombro.

— ¡Santo Dios! — exclamó volviéndose — ¿no me engaño?... Es usted, ba...

— ¡Chitón! — interrumpió el que acababa de tocarle con la mano — Sea prudente, mi buen Cocardasse. Yo no soy aquí ni el señor Helouin ni el barón de Posen ; sino, como se lo prueba mi disfraz, el viejo sabio, sordo como una tapia, que el caballero Zeno tiene por vecino en Montmartre... Aun no se ha apartado todo peligro del por quien nosotros velamos. Acabo de llegar de Versalles, en donde han ocurrido graves sucesos. Allí estaba el veneciano, y sospecho que trame un nuevo complot. Por eso me ven ustedes aquí, donde no puede chocar á él encontrarme, pues los más cuerdos se vuelven á veces los más locos, cuando se trata de dinero.

Bonifacio — continuó, dirigiéndose al joven Passepoil — ¿le conocen á usted en este garito?

— Como jugador, puede ser; pero no de otro modo — replicó el amigo de Felipe que estaba admirado al ver la metamorfosis de Helouin.

— ¿Y cree usted que le haya visto Zeno la otra noche, en el parque del hotel de Nevers?

— No; estaba muy oscuro.

— Más vale así; en ese caso, puede usted servirme.

Luego, volviéndose hacia el gascón añadió :

— En cuanto á usted, querido, como no se sabe lo que puede suceder, y ya que su presencia no es actualmente necesaria, haría usted bien en ir á esperarnos en casa de Passepoil adonde iremos á buscarle, porque creo que esta noche no intentarán nada.

Cuando Cocardasse se marchaba obedeciendo, estalló profundo tumulto en la sala del *biribí*, tumulto mezclado de gritos y juramentos sonoros que parecían querer justificar el dictado de *Infierno* que aquel centro ostentaba.

— Vamos allá — dijo Helouin.

Después de encasquetarse bien anteojos y peluca, llevóse á Bonifacio hacia el salón, en donde apenas se podía entrar, por el mucho gentío que había.

Especialmente en aquel momento era inabordable el Infierno de Venecia, por el gran descontento que de repente se había manifestado en la mesa de juego; y el héroe de tan tormentosa escena era el mismo Zeno, dueño de la casa.

Se recordará que en el momento en que los dos cómplices creyeron todo perdido, es decir, momentos antes de ser atacado por Felipe en el salón de Versailles, Peyrolles, que sólo respiraba venganza, había conseguido hacer compartir en parte su odio al caballero que, sin poseer contra los Lagardère tan poderosos motivos de aversión como el ex factótum de Gonzaga, no por eso dejaba de comprender que Felipe le robaba doblemente sus esperanzas al hacerse sólo y único heredero de la condesa, después de haberse apoderado del corazón y de la razón de Bathilde.

Así preparado, Zeno debía intervenir en la última emboscada tendida por Peyrolles á su común enemigo.

Y sobre todo que, conocido ahora como cómplice de un asesino y de un falsario, tenía que abandonar, al menos por algún tiempo, su cargo diplomático.

No teniendo ya nada que perder, acogió con pérfida alegría la idea de dirigir el saqueo del hotel de Nevers.

Ahí esperaba volver á llenar su bolsa, antes de salir de Francia.

Al separarse, le había dicho en sustancia, el anciano :

— Cueste lo que costare, necesitamos treinta hombres mañana, treinta hombres á quienes podamos dirigir de una manera absoluta, en fin, treinta hombres que le vendan á usted sus conciencias y sus brazos.

Y Zeno volvió á emprender el camino de su hotel, muy decidido á alcanzar ese objeto; pero bastante perplejo acerca del medio de captarse semejante número

de ganapanes, porque apenas estaba en fondos y sabía que la compra de treinta conciencias exigía mucho dinero.

No obstante, entró con paso casi vencedor en la sala de *biribí*, pues, durante el camino, su espíritu de invención habíale proporcionado una idea genial.

Conociendo á fondo á los jugadores, y sabiendo por experiencia que uno que ha perdido es más tenaz que un jugador afortunado, hízose esta reflexión :

— El Infierno de Venecia posee en este momento más de treinta buenos muchachos que acaban de ser desplumados.

Mala suerte tendría yo si esos clientes no se componen, á lo menos en sus dos terceras partes, de mis queridos paisanos, que no valen la cuerda para ahorcarlos, porque no se me oculta que á mis sótanos acude una concurrencia deplorable...

De todos modos, por esta vez no debo quejarme, y voy á rodearme de hombres sólidos, y hasta fieles, sin costarme nada.

Y el poner en práctica esta buena idea es lo que había provocado el tumulto que se levantó al entrar Helouin y Bonifacio.

El caballero tenía la banca; había hecho una trampa y acababa de ganar, sin abrir la caja, el derecho de mandar toda una noche á diez hombres.

Impulsado por su compañero, Bonifacio, abriéndose paso con los codos, hasta el tapete verde, preguntó :

— ¿Qué pasa? ¿qué pasa?

Cincuenta voces le respondieron explicándole la partida que acababa de jugarse y que perdieron los diez puntos.

El joven Passepoil estaba aleccionado.

— ¡Hola! — exclamó volviéndose hacia Zeno — si necesita usted otra partida de diez hombres, Excelencia, yo solicito el honor de entrar en ella.

No hacía falta más para decidir á la asamblea, y otros nuevos puntos se apresuraron á intervenir en la partida.

Pero el caballero notó vacilación en algunas miradas, y comprendiendo que haría mal en dividir sus probabilidades de éxito, prefirió terminar de un solo golpe.

— Hay dos mil luises en banca — dijo. — cien luises contra cada jugador...

Los que quieran probar la suerte no tienen más que darme su nombre y sus señas, y jurarme fidelidad por una noche... no exijo otra postura.

— ¡Yo entro! — exclamó Bonifacio que, aconsejado en voz baja por Helouin, hacía el oficio de primer cordero de Panurgo.

Poco á poco, acercáronse otros y el número iba á completarse, cuando un anciano que parecía no cuidarse de nadie, fué á sentarse en el último puesto de la mesa de juego, sin decir una palabra.

— Retírese, buen hombre, — le gritó Zeno — y deje el puesto á otro; es usted demasiado viejo para perder una noche y jugar con su reuma.

— ¡Tate! ¡tate! — exclamó de repente el anciano poniéndose en pie para alargar la mano al caballero por encima de la mesa. — ¿Está usted bien joven?... ¿Y sus amores?...

Me alegro mucho verle, vecino; el camino de Montmartre no es muy seguro, y podremos irnos juntos, si usted quiere.

— ¡Mal haya el viejo sordo! — dijo Zeno, reconociendo al sabio que habitaba en su casa de extramuros. ¿Por qué maldita casualidad habrá regresado de su viaje?

Y en voz alta, añadió.

— Retírese un momento, vecino. La partida es buena.

— ¡Ah! ¿de veras? ¿se ha vuelto buena la señora que el otro día le destrozaba todo en casa? — replicó el intratable sordo, pareciendo no haber oído bien. — Me alegro, joven, es una agradable evolución de carácter, de la que no se quejará usted...

Juego dos sueldos contra usted, vecino.

Y hablando así, el viejo sabio dejó benignamente una moneda de cobre en una de las casillas del tablero.

— ¡No va más! — gritó Zeno que estaba furioso; pero que no se atrevía á despachar al testarudo viejo, por miedo á que le adivinasen sus intenciones.

Cada punto colocó en su respectiva casilla un papelito con su nombre, indicando la postura.

Sólo el anciano tenía ante sí la moneda de dos sueldos.

El saco que debía de contener las sesenta y cuatro bolas numeradas circuló alrededor del tapete verde; pero como durante la discusión había escamoteado Zeno los veinte números cubiertos por los puntos, no

salió ninguno de ellos, y, por segunda vez, quedó el veneciano dueño del juego.

Ya se elevaban nuevos murmullos en las filas de los jugadores y quizás fuese á comenzar con mayor violencia el tumulto, cuando el anciano, levantándose, dijo con voz algo guasona, al mismo tiempo que empujaba como con pena su moneda de cobre hacia el banquero :

— Tiene usted mucha suerte esta noche, vecino; y yo no pido mi desquite. ¡Contra estos jugadores de honor, bien ganado está!

Bonifacio ahogó una carcajada y el caballero se mordió el labio.

Ambos habían comprendido el doble sentido de las palabras del anciano y sólo retuvieron estas palabras : « ¡jugadores de honor!... »

— Hay que vigilar á este viejo; — pensó Zeno — su defecto no le impide ser peligroso.

Pero no se detuvo el caballero mucho tiempo en esta impresión, y como tenía á sus hombres, les hizo subir á una sala libre del primer piso para darles sus instrucciones, al mismo tiempo que ordenaba terminar los juegos y evacuar el hotel.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO